

problemas fundamentales encerrados en la cuestión social. Los sentimientos de los grupos persistieron casi intactos. Debido a esto, las revoluciones tuvieron un límite, no en el espacio ni en lo externo, sino en la conciencia y alma del hombre. Ni la propiedad, ni el Estado, ni la monarquía cayeron, por cuanto no cayeron ni pasaron los estados psíquicos de las masas y de los individuos que las sustentaban. Los movimientos humanos de toda la era parlamentaria democrática demuestran claramente, que no es el factor económico el determinante de las instituciones sociales, sino su efecto.

La tendencia monarquista restó en Euro-américa como corriente subconsciente y no menos real que lo objetivo y racional y su estado psíquico correspondió perfectamente a las formas republicanas de gobierno.

En una república con sufragio universal, subconscientemente todos los ciudadanos desean ser presidentes o gobernadores. Tal es el sentido oculto del voto. Se vota la vanidad. Realmente uno vota por el régimen y por sí mismo fuera de la sumisión al jefe de partido. Las urnas son la exaltación de la impotencia política. Goethe en sus últimos años decía: "El peor envidioso es el que considera a cada hombre como su igual".

El espíritu monarquista no es sólo atributo de los monárquicos, se nota asimismo en el proletariado. En Alemania lo resalta definitivamente Henri de Man, lo estudia en los partidos socialistas del centro y medio día de Europa. Es harto conocida la tendencia ministerialista de los proletarios y el paso rápido y con comentarios, del partido Laborista en el gobierno inglés.

No creo que el socialismo autoritario sea capaz de cambiar los instintos del hombre: en el momento actual, ni puede modificarlos superficialmente pues la enfermedad le ha contagiado; él también es democracia, como dice el autor más arriba citado "lo mismo en el sentido empírico que en el histórico, democracia y socialismo son dos nociones inseparables".

Si algo se puede hacer, hemos de buscar la revolución por otro camino. Hay que remover los valores sociales. Laborar en el cambio de la mentalidad de las masas, torcer ciertas disposiciones monarquistas del hombre, dejarnos de crear países y ciudades en el año 2000. Sólo así el porvenir no será un retroceso y la posibilidad de un hombre nuevo será ruta abierta y luminosa.

J. Lazarte.



CINEMATOGRAFIA

CINEMA

"¡ABAJO LAS ARMAS!"

Como todas las creaciones de la inteligencia humana, el cine ha tenido su proceso evolutivo.

Tuvo su etapa infantil. En realidad, al principio no fué sino un arte elemental como para niños, hecho a base de situaciones hilarantes por lo grotescas o de episodios sentimentales inverosímiles. Era una cosa de chicos y para chicos, algo así como un nuevo instrumento de diversión equidistante entre el teatro y las "marionetas". No tenía nada de intelectual pero a todos nos divirtió, nos produjo alegría, nos enseñó a reír con risa suelta y sana como cuando éramos niños, con esa risa fisiológica que desopila el bazo y descarga el cerebro de sus toxinas, refrescándonos el alma con un poco de jovialidad y optimismo.

Antes que surgiera el ingenio, bufo de Carlitos, ¿quién no gozó con las bertoldadas y las corridas de su predecesor el popular Sánchez? Ambos pertenecen a la categoría de los benefactores de

la humanidad, porque han hecho reír a millones de niños y porque hicieron el prodigio de que millones de adultos nos sintiésemos también niños.

Después vino la etapa del perfeccionamiento técnico del cine. Su crecimiento es tan extraordinario, que se convierte súbitamente en la industria más exuberante y rica, sobre todo en el país de los grandes trust financieros que es Yanquilandia.

El cine en manos del yanqui es un fiel reflejo de la psicología de aquel pueblo, cuyo progreso material contrasta con su miseria espiritual. Se perfecciona su técnica pero no mejora su espíritu. Por el contrario, pierde la frescura de su primera infancia. Se trueca en cátedra de moralinas baratas al servicio del clero, el capitalismo, el Estado y sobre todo, la propiedad privada, que para aquel mundo de filisteos, es lo único sagrado.

El daño que Estados Unidos le ha hecho a estos países de nuestra raza inoculándoles por el cinematógrafo el virus de la imbecilidad colectiva, es mayor que

el que hacen sus tropas al invadir el territorio americano. Los soldados invasores soliviantan el patriotismo de los invadidos. Pero en cambio, por este otro camino, el yanqui se nos mete hasta la cama y la cocina, envenenando hasta el alma de nuestras mujeres y nuestros hijos.

Siempre pensé si no habría modo de contrarrestar esta influencia embrutecedora de la película yanqui, con un cine que fuese instrumento de cultura espiritual para nuestro pueblo; que representase dentro del arte escénico la misma corriente de idealismo que representan en la literatura los grandes pensadores y artistas de nuestro siglo.

El Soviét y los productores alemanes, son los únicos que por el momento interpretan este anhelo propio de un mundo cultural del siglo XX y no del siglo XVIII. Pero las películas que nos llegan de Rusia y Alemania, son todavía tan escasas que ellas resultan manjares de pascuas, mientras las otras son el pan cotidiano.

Con este estado de ánimo respecto del cine, fuimos a ver pasar en acto privado la película "Abajo las armas", hecha por los señores Pearson, Godeol y Cristiani.

Creo que como iniciación, los autores han revelado poseer un sentido humanista del arte cinematográfico y una gran habilidad técnica para manipular los materiales estéticos que reclama la confección de una buena película.

Salvo una que otra deficiencia en las leyendas, que pecan a veces de vaguedad

por lo literarias, (susceptibles de corregirse) esta cinta provoca emociones intensas, de verdadero arte y lleva al espíritu del espectador sugerencias elevadas y generosas de humanidad, de amor y de justicia.

Tiene dos virtudes intrínsecas, como obra de arte: 1º No explota la truculencia ni exhibe los horrores materiales de la guerra: muestra los estragos que produce en las almas de los seres queridos; 2º No provoca conflictos doctrinarios que pudieran producir choques ideo-

lógicos de nacionalistas y antimilitaristas, etc.: Plantea situaciones dramáticas de honda emoción que hablan con la misma elocuencia a todos los corazones contra el crimen de la guerra.

¡Ojalá el público estimule con su apoyo a los autores de esta película, para que continúen laborando por un arte cinematográfico genuinamente nuestro; vale decir, que responda a nuestra idealidad latino-americana!

J. R. B.



DRAMATURGIA



La Función por dentro

Estamos en el vestíbulo del teatro "Sarmiento". Todavía no hemos penetrado al recinto. La noche es tibia y agradable. El programa, promete... Dice más o menos así: "Gran compañía de revistas de arte y sátira. Dirección: Manuel Romero. Primeras tipes (por orden alfabético): Carmen Lamas, Celia Montalván y Enriqueta Serrano. Primeros actores cómicos: Alfredo Camilla, José Otal y Severo Fernández. Cancionista: Olinda Bozán. Las treinta bailarinas más bellas de Buenos Aires. La más extraordinaria jazz-orquesta que se ha visto hasta el día en los teatros de revistas."

Recordamos haber leído en el Brasil un programa como éste, donde se decía de una bailarina, que era "la más grande del mundo y de otras partes más".

Empecemos por "Orden Alfabético."

Permanecemos aún en el vestíbulo. La taquilla funciona de una manera prodigiosa. Parece una maquinilla de fabricar plata...

De momento no entendemos bien las razones que ha tenido el director o el empresario para estampar el nombre de las mujeres por orden alfabético. Tratamos, entonces, de abordar la explicación. Recurrimos, sin ningún empacho, al método de Aristóteles. O sea: al método de

la "comparancia". Repentinamente nos sumergimos en una laguna de reflexiones peripatéticas.

Si bien la naturaleza no ha hecho dos cosas iguales, las hizo, no obstante, tan parecidas, que a menudo se confunden. Quien haya conocido el funcionamiento interno de una compañía, conoce por extensión o por deducción, el funcionamiento de todas. Las diversas compañías de cómicos se asemejan entre sí como se asemejan entre sí los distintos elementos que las constituyen. Es raro, por ejemplo, tropezar con un portero que no tenga escrita una tragedia en cinco actos. Como es raro encontrar un bombero que no esté enamorado de la primera actriz. O una primera actriz casada que no le haga los cuernos al marido. O un marido salvaje que no los consienta.

El orden alfabético que nos ocupa, no sigue propiamente las fluctuaciones del abecedario, sino las fluctuaciones de la vanidad femenina. La mujer, por sí, ya vanidosa, aumenta el haber de su vanidad a medida que se la festeja. Los problemas trascendentales de la gloria no la inquietan tanto como su aparatosisidad escénica. No le importa mayormente ser, sino parecer que es. La mujer no aspira a conquistar la celebridad mediante la contracción y el estudio. Ni siquiera aspira a la celebridad. Aspira solamente a cosechar el premio de la celebridad. A gozar de todas las permutas y de todos los halagos que la celebridad entraña. Quiere recoger el fruto sin sembrar la semilla. Y subir sin mover las patas. Sueña, en una palabra, con todo lo que

sueña el hombre, mas espera que todo le caiga del cielo. No tiene talento para alcanzarlo. Ni trabaja seriamente para suplir la falta de talento. El hombre consigue la gloria con su inteligencia y su voluntad. La mujer la consigue con otro órgano... El hombre inteligente camina siempre con una tormenta bajo el cráneo. La mujer, en cambio, con una tormenta bajo las polleras.

Cuántos más éxitos obtiene una actriz, tanto más vidriosa se torna en su vida privada. Llega un momento en que se hace inaguantable. No hay cristiano que la resista. Cuando termina el espectáculo para el público, para ella recién empieza. O comienza otro: el espectáculo de su vanidad desenfrenada. Aunque se trata de un defecto deplorable, sucede que ella lo impone como si fuera una cualidad exquisita. Persona que no se lo respeta ya se puede ir largando de su camarín. Contrae una especie de viruela del elogio y necesita luego rascarse y que se le rasque constantemente esta forunculosis que le corroe el espíritu.

Aunque el actor es casi siempre hijo de una actriz, existe entre el varón y la mujer, en este sentido, una diferencia apreciable. El actor se ama a sí mismo. La actriz, empero, se adora. El actor se admira con fruición. La actriz lleva su admiración hasta la locura.

Los defectos de una actriz, claro está, son los mismos defectos de todas las mujeres, pero, elevados a la última potencia. El hombre por más bestia que sea, sabe qué clase de animal es la mujer. Decía un filósofo que toda mujer que concu-